

Cuadernos de la Fundación Francisco Ayala, 12

La investigación que ha dado lugar a este libro contó con una ayuda de la Fundación Francisco Ayala.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Primera edición: 2017

© *De los textos de Renato Treves*: Tullio Rodolfo Treves

© *De los textos de Francisco Ayala*: Elizabeth Carolyn Richmond de Ayala

© *Del prefacio*: Matteo Pasetti

© *De la introducción y notas*: Giulia Quaggio

© Universidad de Granada / Fundación Francisco Ayala

Una doble experiencia política: España e Italia (1944)

ISBN: 978-84-338-6116-0

Depósito Legal: GR-1048-2017

Diseño de la colección: Juan Vida

Fotocomposición: La Trama Digital

Impresión: www.tipografico.es

Impreso en España / Printed in Spain

**UNA DOBLE EXPERIENCIA POLÍTICA:
ESPAÑA E ITALIA (1944)**

Renato Treves
Francisco Ayala

Introducción, edición y notas de
Giulia Quaggio

Fundación Francisco Ayala
Universidad de Granada

2017

Índice

Prefacio	
por Matteo Pasetti	9
En la tierra del medio. El antifascismo transnacional de <i>Una doble experiencia política: España e Italia</i>	
por Giulia Quaggio	19
UNA DOBLE EXPERIENCIA POLÍTICA: ESPAÑA E ITALIA (1944)	
Una doble experiencia cultural	
por Renato Treves	165
La experiencia política de una generación española	
por Francisco Ayala	174
La experiencia política de una generación italiana	
por Renato Treves	187
La misión de los pueblos latinos	
por Francisco Ayala	212
TEXTOS RECUPERADOS DE FRANCISCO AYALA Y RENATO TREVES (1940-1944)	
El último libro de Bergamín	
por Francisco Ayala	221
<i>Piedras blancas</i> , de Landsberg	
por Francisco Ayala	224
Panorama de la sociología contemporánea	
por Francisco Ayala	227
Ideología y utopía	
por Francisco Ayala	230

La historia de la cultura por Francisco Ayala	233
La crisis de la República romana por Francisco Ayala	236
La servidumbre de la ciencia jurídica italiana por Renato Treves	238
La Joven Italia y la Joven Generación Argentina en Montevideo por Renato Treves	243
Liberalismo y socialismo. Conferencia del dr. Renato Treves por Renato Treves	248
El antifascismo en la cultura italiana por Renato Treves	251
VEINTITRÉS CARTAS EN TORNO A <i>UNA DOBLE</i> <i>EXPERIENCIA POLÍTICA</i>	
	257
UNA RESEÑA DE <i>UNA DOBLE EXPERIENCIA POLÍTICA:</i> <i>ESPAÑA E ITALIA</i> (24 DE MAYO DE 1945)	
Socialismo y Libertad por Dardo Cúneo	293
DOS TEXTOS DE LA DÉCADA DE 1980	
Antifascismo italiano y español en el exilio argentino. Un debate y otros recuerdos por Renato Treves	297
Evocación de un viejo debate por Francisco Ayala	308

Prefacio

Matteo Pasetti

EDITADA e introducida por Giulia Quaggio, esta nueva edición de *Una doble experiencia política: España e Italia* se realiza después de más de setenta años de la primera, de 1944. La intención es recuperar un texto poco conocido, que representa esencialmente un diálogo entre dos intelectuales antifascistas europeos, el italiano Renato Treves y el español Francisco Ayala, ambos exiliados por razones políticas en América Latina a finales de los años treinta del siglo XX. Un diálogo que tuvo lugar en el penúltimo año de la Segunda Guerra Mundial, y que alterna las voces de los dos autores a través de cuatro capítulos, dando lugar a una narración dialéctica en torno al tema de la libertad política, su negación por el fascismo y la necesidad de restaurarla de manera más sólida y completa.

Se trataba notoriamente de un tema crucial en aquel momento histórico. El desenvolvimiento de las operaciones militares en el frente europeo estaba difundiendo la percepción de que la derrota del fascismo era inminente. En consecuencia, crecía la urgencia de definir los marcos políticos de la posguerra, bajo el punto de vista del orden internacional y también respecto a los distintos estados nacionales y sus sistemas institucionales. En el campo antifascista, el primer punto de la agenda ya no era cómo derrotar al enemigo, con qué herramientas y estrategias, sino hacia qué meta dirigir la trascendental transición política después de una guerra civil europea de treinta años¹. Planear el futuro, sin olvidar las lecciones del pasado: este era el imperativo de todas las propuestas procedentes de las filas antifascistas, independientemente de su declinación ideológica.

1 Véase: Enzo Traverso, *A ferro e fuoco. La guerra civile europea 1914-1945*, Il Mulino, Bolonia, 2007.

En primer lugar, el diálogo entre Ayala y Treves ofrece un testimonio de esa necesidad, es decir, de la exigencia de reformular la idea de democracia sobre la base de unas experiencias históricas concretas y al hilo de un debate que se había modelado ya en las décadas anteriores. Desde esta perspectiva, creo que la lectura del ensayo proporciona todavía ideas de gran interés histórico. Voy adelantando tres ideas del texto entrelazadas entre sí, en las que me centraré en las páginas siguientes: la primera afecta a la cuestión de la aproximación al tema de la crisis política entre las dos guerras mundiales; la segunda consiste en la interpretación del fenómeno fascista que se propone; la tercera se refiere a la formulación ideal de una nueva democracia.

Una mirada histórica, comparativa y transnacional

El diálogo entre Ayala y Treves empezó a partir de unas circunstancias precisas, como resultado de la reseña escrita por el filósofo italiano a un libro del colega español, *El problema del liberalismo*, publicado en México unos años antes, en 1941. Como se desprende de la primera de las cartas recogidas en este volumen, el comentario de Treves –aparecido bajo el seudónimo de Santorevere en la revista *Quaderni Italiani*, editada entre 1942 y 1944 en los Estados Unidos por un grupo de miembros del movimiento antifascista Giustizia e Libertà– despertó el interés de Ayala no tanto por los elogios, sino por algunas estimulantes críticas.

En particular, el filósofo italiano expresaba su preocupación acerca de la noción de liberalismo que afloraba en el texto del escritor español: este parecía no hacer distinción entre los principios ético-políticos de la ideología liberal y los principios económico-sociales de la burguesía capitalista, convirtiéndose así –a los ojos de Treves– en una especie de portavoz de una generación de intelectuales españoles engañados por la influencia del pensamiento jurídico alemán y llevados a una hostilidad categórica respecto a todo sistema institucional democrático-liberal.

Simplificando esta crítica a través de un popular refrán, se podría decir que, según Treves, Ayala terminaba por “tirar al bebé” (es decir, el liberalismo) “con el agua del baño” (es decir, la injusticia social). Esa considera-

ción marcaba una diferencia con respecto a una corriente de antifascistas italianos, a la que pertenecía el mismo Treves, que mantenía los planos separados, reiterando la confianza en los valores del liberalismo a pesar de la degeneración de la sociedad burguesa y las disfunciones del parlamentarismo. Por esta razón, estos hombres “han luchado siempre por la defensa de la libertad que consideraban como un valor absoluto, independiente de las instituciones históricamente determinadas” (166).

Aquí, sin embargo, no es mi intención adelantar cómo esta reflexión se desarrolló en las páginas de *Una doble experiencia política* y a qué resultados dio origen. Tampoco tengo el propósito de reconstruir la génesis del texto, o explicar bajo qué círculos políticos y culturales se formaron estos dos autores –tareas que Giulia Quaggio realiza muy bien en su introducción, a la que remito para cualquier profundización–. Más bien, precisado que esa reseña de Treves se convirtió en el primer capítulo del libro y, por tanto, en el punto de partida de una discusión a dos voces, quiero subrayar que este intercambio de puntos de vista se realizó sobre la base de un enfoque compartido, implícito ya en el título y en la referencia a una “doble experiencia política”: una mirada histórica comparativa, que procedía de un camino común a lo largo de la historia del siglo XX, un camino a la vez personal y colectivo.

El diálogo entre Ayala y Treves encontraba su origen, de hecho, en la común condición de exiliados políticos, causada por la deriva político-cultural de sus países. El primer punto fuerte de su debate sobre la crisis de la democracia liberal consiste en el recuerdo constante de la doble experiencia histórica vivida por Italia y España entre las dos guerras mundiales, diferente en su evolución, pero similar en acabar en una dictadura fascista –como el mismo Ayala reconocía explícitamente (174)–. La reflexión no se limitaba a una especulación meramente teórica, sino que se basaba en el análisis y la comparación de las condiciones sociales y políticas específicas de los dos países. Ese diagnóstico adquiriría espesor justo a través de una mirada histórica y comparativa.

Sin embargo, poner de relieve la naturaleza de *Una doble experiencia política* no significa atribuir al texto un carácter excepcional entre la literatura política de la época. De hecho, la comparación entre las diferentes expe-

riencias nacionales era una práctica habitual en muchas disciplinas, como el derecho, la ciencia económica, la historiografía o las nuevas ciencias sociales; además, era frecuente en los ensayos que se ocupaban del fascismo o más generalmente de los procesos políticos. Las estanterías de las bibliotecas de aquella época estaban llenas de textos que cotejaban sistemas institucionales, ordenamientos legislativos, condiciones económicas y procesos históricos². La contribución de Ayala y Treves se inscribe así en una densa tradición de análisis comparativos, a menudo realizados con finalidades de propaganda ideológica, es decir, de estudios que hacían hincapié en las particularidades y por ende superioridad moral de casos específicos nacionales, por lo general los del país de origen³.

Por supuesto, este no era el objetivo de los dos exiliados, que, por el contrario, remarcaban la convergencia entre Italia y España hacia la catástrofe fascista, aunque sin dejar de lado la importancia de los factores locales en esta doble experiencia histórica —por ejemplo, el legado del caciquismo en el equilibrio de poderes español, las debilidades de la experiencia republicana, o el punto de inflexión marcado por la guerra de Etiopía en la evolución del régimen italiano—. Por lo tanto, comparar significaba en primer lugar estudiar las patologías, analizar la disolución del Estado liberal en tiempos excepcionales de crisis y de guerra, comprender la interdependencia de algunas dinámicas políticas que cruzaron ambos países.

Finalmente, contribuía a caracterizar mejor su reflexión la perspectiva transnacional que penetraba su mutua mirada sobre la realidad histórica. Una perspectiva dictada al menos en parte por caminos biográficos simila-

2 Incluso limitándose al periodo comprendido entre los años treinta y cuarenta, los posibles ejemplos son numerosos y abarcan una gama muy amplia de temas. Por intereses de investigación, por ejemplo, me he encontrado con una larga lista de análisis comparativos sobre experiencias corporativas de aquellos años; remito a: Matteo Pasetti, *L'Europa corporativa. Una storia transnazionale tra le due guerre mondiali*, Bononia University Press, Bolonia, 2016.

3 Por eso en el campo de la historiografía la comparación debe considerarse no solo un método científico, un método de análisis, sino también una herramienta política y por lo tanto un objeto de estudio (véase: Pierre-Yves Saunier, *Transnational History*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2013, p. 12).

res: la huida de Europa, el traslado a otro continente, la inclusión en nuevas redes académicas, la influencia de grupos intelectuales distintos de los países de origen, el consecuente empuje a reflexionar sobre una escala geográfica más amplia que la definida por el espacio nacional. En el modelo cognoscitivo de Ayala y Treves se acentuaba así la atención crítica hacia *el otro*, hacia la trayectoria política y cultural de países que no eran el país de nacimiento, pero que parecían unidos por un destino común. Y se reforzaba la percepción “de la unión espiritual de dos grandes pueblos latinos” (210), que componían –junto con otras naciones de Europa y Sudamérica– un grupo de nacionalidades interconectadas por el intercambio de principios, sensibilidad y tradiciones culturales. En este sentido, parecía encontrar espacio la enseñanza de un gran maestro del método comparativo, Marc Bloch, que algunos años antes había descubierto que la historia comparada era capaz de revelar no solo las similitudes y diferencias, sino también las “interacciones” entre las sociedades humanas⁴.

Las interpretaciones del fascismo

ESTA mirada comparativa y transnacional sobre la doble experiencia italiana y española, y más en general sobre la comunidad de naciones latinas, influyó en la lectura del fenómeno fascista que se fue articulando durante el diálogo. Todo eso proporciona un segundo aspecto de gran interés histórico.

Confirmando una interpretación compartida por varias corrientes antifascistas también por el área liberal-socialista a la que Ayala y Treves pertenecían por formación político-cultural, el régimen fascista se define como una “dictadura burguesa” (190). Por lo tanto, se trataba de una fuerza esencialmente conservadora, si no reaccionaria, que tenía su razón de ser en tratar de evitar la emancipación social y política de las clases más bajas.

Sin embargo, esta interpretación no impedía reconocer, en la evolución del fenómeno, algunos elementos modernos, tomando, en particular, las consideraciones de una generación más joven de Giustizia e Libertà, for-

4 Marc Bloch, “Pour une histoire comparée des civilisations européennes”, *Revue de Synthèse*, XLVI, 1928, pp. 15-50.

muladas en *Quaderni Italiani* en 1942. El fascismo era visto como un movimiento complejo, al mismo tiempo conservador e innovador. Arraigado en la sociedad, con su propia autonomía, el fascismo no podía ser asimilado a una metamorfosis dictatorial de las (pseudo) democracias burguesas, o simplemente a una versión más autoritaria y violenta de las dictaduras tradicionales. El fascismo tenía su lugar particular en la historia.

Por cierto, se puede observar que para Ayala era justo esa autonomía política lo que permitía distinguir el régimen de Mussolini de la experiencia de Miguel Primo de Rivera, considerada “una dictadura de corte tradicional”, completamente efímera (179). Esta tesis, sin embargo, se remonta a los años veinte, y también ha dominado largo tiempo el campo historiográfico. Entre los primeros en ofrecerla, Francesc Cambó la había discutido en un libro publicado en 1929, en el que proporcionaba un análisis comparativo de los nuevos regímenes nacionalistas y dictatoriales establecidos en Europa oriental y meridional⁵: de acuerdo a las ideas del intelectual y político catalanista, el fascismo italiano estaba edificando un sistema de poder muy diferente de las otras experiencias, porque era la expresión de un proyecto de modernización, expansionista, esencialmente totalitario. Las otras dictaduras, en cambio, incluyendo la de Primo de Rivera, en comparación parecían débiles intentos de mantener vivo el pasado. Aunque con diferentes puntos de vista ideológico e histórico, Ayala no se alejaba mucho de esta simplificación (y solo en tiempos relativamente recientes la historiografía ha releído la experiencia primorriverista en términos diferentes, con especial énfasis en la contradictoria “modernización autoritaria” desencadenada en ese periodo⁶).

A partir del paradigma de la moderna “dictadura burguesa”, la perspectiva comparativa y transnacional adoptada por Ayala y Treves enfocaba otra cuestión clave, que ya parecía obvia a la altura de la Segunda Guerra

5 Francesc Cambó, *Las dictaduras*, Espasa-Calpe, Madrid, 1929.

6 El historiador que ha formulado más explícitamente la tesis de la “modernización autoritaria” es, sin duda, Eduardo González Calleja: *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria 1923-1930*, Alianza, Madrid, 2005.

Mundial, pero se había debatido por largo tiempo en las dos décadas anteriores: la dimensión internacional, global, trascendental del fascismo. Como sabemos, “la definición de fascismo como fenómeno internacional es tan antigua como el propio fascismo”⁷. Desde la llegada al poder de Mussolini, de hecho, aparecieron en Europa una serie de juicios ideológicamente contrastantes, pero unidos por la percepción de estar asistiendo a un giro fundamental: en Italia se estaba delineando un experimento político que no se limitaba a un solo país, sino que se convertiría en un nuevo modelo de referencia para muchos admiradores en todo el mundo. Aunque con evaluaciones opuestas, se trataba de una idea compartida por diversas posiciones políticas, desde la extrema izquierda a la extrema derecha. Entre los intelectuales españoles, para dar solo un ejemplo, desde 1923 el valenciano Vicente Clavel –escritor nacionalista, conocido como el promotor, unos años más tarde, del Día de Libro– veía varias inquietudes de matriz fascista en España, Alemania, Hungría, e incluso en México y Argentina: “aunque los generadores de este nuevo movimiento de *risorgimento* italiano han negado que el fascismo pueda tener realidad internacional, lo cierto es que su acción ha trascendido al exterior y que son varias las naciones donde se refleja, aunque en forma embrionaria todavía, la acción de este fenómeno político”⁸.

De acuerdo con un esquema taxonómico ideado por el historiador italiano Renzo De Felice hace ya varias décadas, las interpretaciones clásicas del fascismo como un fenómeno internacional, formuladas en los años veinte y treinta, eran atribuibles a tres principales tendencias políticas y culturales⁹. Una estaba representada por el liberalismo conservador, que veía en el fascismo la manifestación de una “enfermedad moral de Europa”; en

7 Enzo Collotti, *Fascismo Fascismi*, Sansoni, Florencia, 1989, p. 3.

8 Vicente Clavel, *El fascismo. Ideario de Benito Mussolini*, Editorial Cervantes, Barcelona, 1923, p. 19. Para un cuadro general de la recepción del fascismo en España durante los años veinte: Manuelle Peloille, *Positionnement politique en temps de crise. Sur la réception du fascisme italien en Espagne 1922-1929*, Inclinaison, Uzes, 2015.

9 Cfr. Renzo De Felice, *Le interpretazioni del fascismo*, Laterza, Roma-Bari, 1969.

palabras del filósofo italiano Benedetto Croce, se trató de “una pérdida de conciencia, una depresión civil y una embriaguez, producida por la [Primera] guerra [Mundial], que se advirtió en casi todas las naciones que participaron en ella”; y como tal, representaba un “paréntesis” en la historia, un “accidente”, una interrupción en el camino de las sociedades europeas hacia el horizonte de la libertad¹⁰.

Un segundo paradigma procedía de la ideología marxista, según la cual el fascismo era un “producto de la sociedad capitalista”, del choque histórico entre la burguesía y el proletariado, y posteriormente una de las formas de “reacción antiproletaria” adoptadas por las clases dominantes, una variante de la dominación burguesa, no muy diferente del liberalismo e incluso de la socialdemocracia. Como se sabe, esta teoría fue codificada en 1935 por el búlgaro Georgi Dimitrov, secretario del Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional, que definió el fascismo como “la clara dictadura terrorista de los más reaccionarios, más chovinistas, más imperialistas del capitalismo financiero”.

Finalmente, una tercera lectura “clásica” fue elaborada en el área radical-democrática. En este caso, el fascismo aparecía como el “producto lógico e inevitable del desarrollo histórico de algunos países”, principalmente Italia y Alemania. Serían ciertas patologías, ciertos retrasos en la economía capitalista o ciertas debilidades en los procesos de unificación nacional, los que generaron el fascismo, instrumento para la reacción de las élites dirigentes culturalmente atrasadas contra las aspiraciones de edificación de una sociedad democrática moderna más completa. Sobre la cuestión de la dimensión internacional del fenómeno, esta línea de interpretación, por lo tanto, era más ambigua, ya que por un lado encontraba la raíz de las experiencias dictatoriales en la historia particular de cada país, al hilo de la fórmula de Gobetti del fascismo como “autobiografía de la nación italiana”¹¹ y por el

10 Benedetto Croce, *Scritti e discorsi politici (1943-1947)*, ed. de Angela Carella, Bibliopolis, Nápoles, 1993, vol. I, p. 61, vol. II, p. 346.

11 Piero Gobetti, “Elogio della ghigliottina”, en *La Rivoluzione Liberale*, 23 de noviembre de 1922; edición actual en *La Rivoluzione Liberale. Saggio sulla lotta politica in Italia*, ed. de Ersilia Alessandrone Perona, Einaudi, Turín, 1995, p. 165.

otro introducía la fructífera idea de la existencia de diferentes fascismos, de diferentes manifestaciones del mismo fenómeno en relación con diferentes contextos históricos.

El marco de interpretación que se desprende de las páginas de *Una doble experiencia política*, por lo tanto, era parte de una tradición consolidada, aunque heterogénea y en constante actualización. Ayala y Treves eran plenamente conscientes de la dimensión global del desafío planteado por el fascismo, y extraían conclusiones de todas estas grandes corrientes de los tres campos antifascistas. Al mismo tiempo, su visión estaba afectada por las condiciones personales e históricas en las que escribían. Por un lado, el exilio y el contacto con diferentes realidades nacionales fortalecía la creencia de que el contagio fascista no se debía a defectos genéticos de los distintos pueblos, sino a la capacidad del fascismo de cambiar de forma para adaptarse a las diferentes condiciones sociales y culturales, de explotar las fragilidades presentes en los sistemas políticos e institucionales. El caso del régimen de Franco en España parecía emblemático desde esta perspectiva; sin embargo, también en América Latina se podían rastrear “muchos gérmenes de fascismo” (210). Por otro lado, la esperanza concreta de una derrota militar inminente del Eje nazifascista hacía urgente la creación de anticuerpos políticos para erradicar de forma permanente la epidemia. El colapso de las dictaduras en Italia y Alemania, de hecho, no era suficiente para evitar “el peligro de un resurgimiento fascista bajo formas nuevas” (208).

Hacia una nueva democracia

LA pregunta clave a la que Ayala y Treves estaban tratando de dar respuesta se refería a la estrategia antifascista: es decir, ¿cuál era el objetivo final de una lucha de más de veinte años? La “cruzada antifascista” (210) —como la llamaba Treves con precisión léxica, dando a la batalla en curso una dimensión casi religiosa— debía erradicar de raíz el fascismo, previniendo su supervivencia y por lo tanto eliminando la posibilidad de su regeneración en formas mutadas, tal vez en el lado de las mismas fuerzas reaccionarias y conservadoras. Desde este punto de vista, la misión antifascista era total y global, no admitía limitaciones y compromisos.

Para lograr este objetivo, había que sumar a la fuerza militar, garantizada por la alianza con las potencias americana y soviética, la capacidad de renovar el pensamiento político democrático. Solo la formulación de una nueva idea de democracia podría evitar el posible retorno de la amenaza fascista. Para Ayala y Treves, de hecho, la alianza estratégica con Estados Unidos y la Unión Soviética no implicaba ninguna convergencia política. De hecho, la matriz liberal-socialista de su militancia antifascista impedía la identificación tanto con Washington, en nombre de la lucha contra la injusticia social del sistema capitalista burgués, como con Moscú, en nombre de la defensa de la libertad de la amenaza totalitaria. La tarea del antifascismo era, por tanto, plantear un horizonte alternativo, en el que coexistiesen la pluralidad democrática y la revolución social. Sin la primera, no se restauraría la libertad política suprimida por el fascismo. Sin la segunda, se replicarían los problemas de desigualdad económica y los conflictos entre las clases que habían favorecido la afirmación del fascismo. La solución no residía en volver atrás, restaurando el sistema liberal-democrático prefascista, sino en diseñar una nueva democracia de masas, recuperando algunas sugerencias ampliamente presentes en el campo antifascista ya a partir de los años treinta.

Una doble experiencia política se enfrentaba con ese desafío, sobre la base de un intercambio de ideas que habían adquirido a lo largo del tiempo una dimensión transnacional, transformando las dificultades ocasionadas por la diáspora antifascista en una fuente de riqueza intelectual. Por otra parte, el interés del texto no se limita a la representación de un testimonio sugerente, pero aislado, del debate antifascista de los años cuarenta. El problema subyacente —cómo combinar la libertad política y la justicia social— representaba una cuestión cardinal de la época —en el sentido de que tenía un grado de urgencia máxima en ese especial pasaje histórico—. Ciertamente no se resolvió de una vez por todas, y de hecho todavía parece más actual que nunca.

Y, hoy como ayer, Ayala y Treves nos invitan a planificar el futuro sin olvidar las lecciones del pasado.

En la tierra del medio. El antifascismo transnacional de *Una doble experiencia política: España e Italia*

Giulia Quaggio

“Atlantic-era social politics had its origins not in its nation state containers, not in a hypothesized ‘Europe’, nor an equally imagined ‘America’, but in the world between them” (Daniel T. Rodgers¹).

Vidas paralelas

INTERPRETAR la historia de los intelectuales durante la Segunda Guerra Mundial conlleva reconstruir la intrincada red de relaciones humanas e inesperadas conexiones que los dramáticos acontecimientos bélicos y las dictaduras determinaron en el mundo de la cultura a través de forzosos desplazamientos geográficos. El volumen *Una doble experiencia política: España e Italia*, escrito a cuatro manos por Francisco Ayala y Renato Treves en 1944, justo cuando el conflicto estaba llegando a su fin, representa un testimonio particularmente valioso de esta compleja contaminación intelectual y de cultura política que los exilios ocasionados por las dictaduras produjeron a gran distancia de las fronteras nacionales.

El italiano Renato Treves, filósofo del derecho, se embarcó en Nápoles en otoño de 1938. Tras dieciocho largos días de navegación arribó a Montevideo, desde donde se trasladó definitivamente a Buenos Aires a principios de 1939. Unos meses más tarde, durante la primavera de 1939, era Francisco Ayala quien, con su familia, se subía a un barco en la localidad francesa de Saint-Nazaire con destino a Cuba, para llegar a Argentina, después de muchas dificultades y previo paso por Chile, en agosto de ese mismo año. Aunque las realidades de las que procedían eran distintas, ambos inte-

1 Daniel T. Rodgers, *Atlantic Crossings: Social Politics in a Progressive Age*, Harvard University Press, Cambridge, 1998, p. 5.

lectuales huían de una Europa entonces al borde del precipicio con el auge de las dictaduras nazi-fascistas y la Segunda Guerra Mundial a punto de estallar.

Ayala, activo defensor de la Segunda República española, para escapar de la represión franquista se vio forzado a exiliarse en América Latina con otros cinco mil intelectuales españoles²; Treves, de origen judío, voluntaria y providencialmente decidió alejarse de la Italia fascista en un momento en que se habían aprobado las leyes raciales (septiembre de 1938). En realidad, si Treves quería ejercer su profesión con cierta libertad, la única solución posible era abandonar su país natal, tal y como tendría que hacer Ayala para sobrevivir.

Francisco Ayala y Renato Treves representan, por tanto, dos caras distintas y, al mismo tiempo, complementarias de las migraciones culturales europeas provocadas por los regímenes dictatoriales en el periodo de entreguerras³. Distintas y complementarias porque, cada uno con su propio bagaje de formación y experiencias, cinco años después de la fractura del exilio y en la fase final de la guerra, acabarán reflexionando juntos sobre la crisis global del liberalismo en el ensayo *Una doble experiencia política: España e Italia*.

Este trabajo representa la más clara prueba de que el exilio entre las dos guerras mundiales debe hoy ser leído en una doble clave: como lucha inte-

2 Se calcula que debieron exiliarse entre 250.000 y 500.000 españoles; 5.000 pertenecerían al grupo de los intelectuales. Véase: José Andrés Gallego, Luis de Llera, Juan Velarde, Nazario González, *Historia de España. España actual. La guerra civil (1936-1939). La cultura en el exilio*, Gredos, Madrid, 1989, p. 581. Entre esos 5.000 se contaban dos premios Nobel, 208 catedráticos, 462 profesores universitarios y de instituto, 109 escritores o periodistas. José Luis Abellán, *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1989.

3 Sobre la cuestión del exilio en el periodo de entreguerras en clave transnacional, véase el artículo bibliográfico: Idesbald Goddeeris, “The Temptation of Legitimacy: Exile Politics from a Comparative Perspective”, *Contemporary European History*, vol. 16, n. 3, 2007, pp. 395-405.

lectual contra las dictaduras y como compleja experiencia transnacional⁴ capaz de arrojar luz sobre el contagio cultural entre Europa y América y las múltiples redes internacionales de circulación de ideas, instituciones estratégicas y solidaridades recíprocas que la naturaleza misma del exilio generó en la práctica de la vida cotidiana, superando de forma original los límites de los movimientos intelectuales supranacionales y el propio internacionalismo obrero.

El punto de partida de este fértil encuentro hay que buscarlo en una serie de coincidencias generacionales y culturales que acabaron aproximando a dos personalidades cuya distancia geográfica –Treves provenía de Turín, ciudad industrial, mientras que Ayala, que pasó su infancia en la ciudad de Granada, se trasladó todavía adolescente al contradictorio Madrid de principios de siglo XX– parecería marcar de inicio una cesura insalvable. No obstante, existen varios puntos de encuentro entre los dos y debemos tenerlos en cuenta para poder comprender este trabajo conjunto.

En primer lugar, Ayala y Treves son coetáneos, aquel nace en 1906, este en 1907, perteneciendo, por así decirlo, a una misma generación europea, que, aunque minoritaria, no se dejó seducir por la presión social de la propaganda totalitaria, y continuó aferrándose a la fe en la libertad, el liberalismo y la democracia.

Ambos se formaron en el vasto campo de la filosofía del derecho y de la entonces poco institucionalizada sociología, aunque a partir de tradiciones académicas dispares. Dos ciudades ubicadas en distintos polos geográficos y estratégicos, Turín y Madrid, durante las tres primeras décadas del siglo pasado fueron capaces de modelar espacios simbólicos y de socialización intelectual a la vanguardia dentro de un Occidente que emergía traumatizado y culturalmente diferente tras la Primera Guerra Mundial.

Turín, antigua capital saboyarda, vivía momentos de cambio a causa del flujo migratorio procedente del campo y el sur de Italia. Aunque sensible a las demandas vanguardistas y a la modernidad de los nuevos proyectos ur-

4 Renato Camurri, “The Exile Experience Reconsidered: a Comparative Perspective in European Cultural Migration during the Interwar Period”, *Transatlantica*, n. 1, 2014.

banísticos, en la capital piemontesa se estaba creando una ambigua urdimbre económica y social vinculada a la estructura industrial, la producción, el sector de la industria mecánica y la automoción. Sin embargo, la ciudad permanecía fracturada entre la amplia población migrante, todavía anclada en valores rurales, la obrera de los barrios suburbanos, simpatizante, al menos parcialmente, de la izquierda socialista o comunista, y el centro histórico, marcadamente conservador, de la burguesía, los artesanos y la clase dirigente local⁵. Desde finales de los años veinte, además, hay que añadir el proceso de fascistización de la ciudad. Como en el resto de Italia, el fascismo creció progresivamente en Turín respecto al conjunto de una población que alterna la pasividad con una aceptación política más o menos consciente, aunque en la capital del Piamonte se mantuvieron también núcleos minoritarios que siguieron oponiéndose al régimen. Las instituciones culturales turinesas, encabezadas por la Universidad y el Politécnico, desempeñarían un papel destacado como forja ideológica de la futura clase dirigente italiana.

Renato Treves se formó en esta ciudad dinámica, sometida a un constante proceso de modelado identitario y dominada por la difícil convivencia de grupos sociales e intereses económicos y culturales diferentes.

De forma semejante, Ayala vivió su etapa de aprendizaje académico en un Madrid que tenía que afrontar los grandes cambios sociales de la época. Como Turín, también el Madrid del primer tercio de siglo duplicó su población, asistiéndose a la creación del sector de la construcción, una sensible reducción del analfabetismo y la configuración paulatina de una clase media intelectual y científica⁶. Este proceso estuvo caracterizado por las tensiones y lacerantes conflictos entre los nuevos grupos emergentes, el deseo de modernidad, la pervivencia de los viejos intereses conservadores y una constante politización de las masas obreras.

5 Cfr. Nicola Tranfaglia, *Introduzione: una città sempre più "nazionale"*, en Nicola Tranfaglia (ed.), *Storia di Torino. Dalla Grande guerra alla Liberazione (1915-1945)*, Einaudi, Turín, 1998, pp. XXVII- XLVI.

6 Santos Juliá, "Madrid, capital del Estado (1833-1993)", en Santos Juliá, David Ringrose, Cristina Segura, *Madrid: historia de una capital*, Alianza, Madrid, 1994, pp. 355-371.